

Hay momentos en nuestra vida periodística en que uno puede sentirse feliz de su tarea, ya que nada en este mundo importa tanto como el hecho de saberse comprendido.

En los siete años que alcanza nuestra existencia han sido tantas las palabras pronunciadas, que mucho más podría haberse andado si la misma buena voluntad que dictó las tales, hubiera existido en la recíproca.

Pero, decimos, hay momentos felices en que el escritor se ve compensado de tanta incompreensión como existe en este pícaro mundo.

Y una de tales satisfacciones acaba de proporcionárnosla nuestro querido amigo y suscriptor de esta revista, D. Jaime Carreras, de la calle Velázquez, número 2, de Sevilla, al remitir por giro postal a nuestra Administración la cantidad de cien pesetas para que—dice—nos sirvamos aplicarlas a la suscripción pro Ambulancia, como, agradecidos y encantados, acabamos de librar a los dinámicos organizadores de tan magnífica campaña.

Sirva este ejemplo de lección, a la par que usted lector ha de permitirnos que nos felicitemos igualmente de saber que nuestras palabras—si por aquí de vez en cuando no llegan a querer estimarse—llegaron en esta ocasión, claras y potentes, hasta Sevilla.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
18 NVBRE. 1954

Árboles

Arboles, Arboles, Arboles, así, con mayúscula

Aquel campesino coloradote y fuerte que me acompañaba en mi reciente viaje a la Cataluña seca, a la llamada Cataluña Nueva, en la división histórica, me ponderaba una vez más las excelencias de cierta cosecha ya pasada en relación con la actual de aceituna, magrita en aquellas comarcas. A la sazón pasábamos junto a una loma que desde mi niñez he visto pelacia y árida, únicamente salpicada de algún matorral de la llamada «argelaga», o una tímida matita de espliego. Realmente, aquella tierra es pobre, reseca y triste. Pensé con cierto resquemor en las reiteradas invitaciones particulares que he hecho a la repoblación forestal de aquella pequeña zona... Aún otra vez me atreví a insinuar:

—¿Por qué no se plantan ahí cuatro árboles? Animarían este paisaje.

—¿Arboles? ¿Para qué los queremos? —repuso el campesino; y avivó el paso.

— Porque dan sombra, favorecen la humedad del suelo, y contienen la tierra de lo alto de las laderas, impidiendo de esta suerte que se vaya al fondo y descarnen las cimas, dejando en ellas solo roquedal — repuse rápido, pensando al propio tiempo en el comienzo de la sentida elegía de Bosch y Viola:

«Aquests pelats turons que ara veus en calvera foren, quan jo era nin, la costa de'n Cirera...»

—¡Bah! — dijo el payés. Demasiados árboles...

Y aquí concluyó la cosa. Es imposible, pensé todavía, conmover el alma de nuestros campesinos. El horror al árbol es una cosa apuntada cientos de veces en crónicas y comentarios, constatada y cierta. No son manías románticas, ni elucubraciones de literatos y poetas. El árbol es una cosa absolutamente necesaria, es una compañía anhelada, grata, un consuelo y un elemento económico y vital. Con árboles tenemos madera, tenemos humedad, y hasta la lluvia siente preferencia por las zonas de arbolado. Pero el campesino alimenta odio por el árbol. Arranca los frutales en cuanto sospecha que sus raíces se acercan a la tierra huertana, lacera las cortezas de los árboles junto a las carreteras—véase el trozo entre la salida de Santa Cristina de Aro y el Cruce Bell-lloch-Solius—y los aparta de los caminos, de los senderos, de las calles y de las entradas de los pueblos. El campesino odia al árbol. Sus razones son, a estas alturas, infantiles: que sus raíces chupan la substancia

necesaria a las plantas. Y lo cierto es que no se concibe una agricultura sazónada sin la presencia del árbol, al menos entre los campos, en sus demarcaciones, en sus veredas, en las carreteras. Cuando el sol se abate ineluctablemente, sobre nuestras tierras, la sombra de los árboles se añora, se hace necesaria. Y, además, y esta es una razón de peso específico, el árbol es bello.

Ah, pero la belleza fué sistemáticamente rechazada por Sancho Panza. El cual sólo se dió cuenta de que existía cuando la iba perdiendo, con los últimos latidos del corazón de Don Quijote, ya vuelto Alonso Quijano el Bueno. Y así acontecerá. Cuando nuestra miseria nos encare con lo inexorable, entonces echaremos de menos a nuestros árboles. A los que talamos y a los que dejamos ir muriendo en una agonía que nos parecería criminal ampliada a un ser humano o a un animal.

Ahora que nuevos elementos ocuparán su difícil puesto en nuestro consistorio, respetuosamente alzamos de nuevo la voz en pro del fomento del árbol. Arboles dentro y en los alrededores de la población, en los espacios verdes existentes y en los nuevos que se abran. Arboles, Arboles, Arboles, así, con mayúscula.

J. V. A.

Carrerilla Semanal

GORRAS DE UNIFORME

Los empleados de arbitrios llevarán gorra de plato y distintivo exprofeso de su delicado cargo. Lo ha dispuesto así el Magnífico, con acierto muy cabal, pues es justo y natural que aquellos que ingresos le rinden y con celo se distinguen para evitar todo fraude puedan cubrir su cabeza con una gorra de balde.

MORALEJA

Si para cobrar basta gorra no hace falta llevar porra.

